

# “La huella del León”

---

Salgo de casa y sólo la fría mañana ha iniciado el día. Una tenue llovizna doblega mi cabeza hasta que la solitaria gota del senil morero frente a mi casa consigue que mi atención se centre en él; ¡qué pena!, pensé, y mirando fijamente a mi silente observador, mi memoria se sumergió en una rápida travesía que me retrotrajo cuatro décadas atrás. Aún puedo escuchar las risas y los trépidos pasos de mis amigos de infancia que saliendo de la escuela convergíamos hacia los nobles árboles en donde, velados por el denso follaje, nos suspendíamos eternamente para alcanzar sus deliciosas primicias blanquinegras. Hoy, estériles y cercenados, sólo permanecen.

Al querer proseguir mi marcha no pude sino dar un par de pasos y, en un segundo, la calle de tantos recuerdos, mi calle, volvía a estar frente a mí; polvorienta y marrón con el sol de atardecer peinando el horizonte y las siluetas de los niños dirigiéndose a la cancha de tierra para jugar, ahí mismo donde hoy, sobre ella, se yergue nuestra casa edilicia. Cuantas imágenes cobraron forma, no olvido el negocio de don Benito con su gorra y lentes gruesos o la señora Hilda, mujer maciza de esmerado peinado y tomate, con su almacén de esquina en diagonal a la panadería de la señora “Gume”, alta de rizado pelo, amable y sonriente o cómo no acordarse del “Chancao” y su vulcanización en la boca del pasaje Balvino Parada, tampoco olvidar a la señora “Chepita” y su casa de adobe donde hoy están los estacionamientos municipales. ¡Tantos años!...cuantas vivencias a lo largo y ancho.

Cierto día leí sobre un hermoso león africano, C-Boy, un ejemplar de catorce años del Serengeti que encarnaba la voluntad magistral de sobrevivir; ni el ataque de tres leones rivales ni la severidad de su entorno lograron apagar el brillo de sus pardos ojos. Sólo la llegada de la cálida brisa del verano, traída por el inexorable paso del tiempo, se llevó su último rugido. Fue imposible no conectar ese relato con mi calle, depositaria de un sinnúmero de historias de vida; dos leones que se niegan a sucumbir al paso del tiempo.

Si tan sólo Nicolás León Martínez pudiera regresar por un momento; verlo llegar desde su natal tierra de los cauques para tomar la mano de su amada Guillermina y así encaminarse sobre sus propias huellas estampadas más de un siglo atrás desde el fundo que bautizara como Paso Hondo para revivir el 1900. Que esos rastros pudieran guiarle por los senderos que conoció paso a paso y que con una gran sonrisa descubriera hoy que aquel funesto campo donde alejaban a los enfermos de cólera es un apacible villorrio. Que los vestigios que consolidó antaño le concedieran la posibilidad de volver al pueblo donde implantó la primera escuela en el ya lejano 1925 y que le vio alzarse más adelante como su alcalde; que sus huellas le guiaran hasta este mismo lugar, frente a este mismo morero y que desde aquí, contemplara cómo su nombre está vinculado de forma perenne al conjunto de vidas que en esta calle echaron raíces y enarbolaron sus esperanzas y anhelos y que hoy se rehúsan a ser olvidadas por la mente de un simple caminante. Si solamente pudiera transitar sobre sus propias huellas.

Pero es hora de seguir, una importante conversación me espera en la alcaldía, María Eugenia Fissore León, la nieta de don Nicolás se encuentra allí, preguntaré por su hermano, el querido profe Fissore; sin duda alguna el legado no se diluye en el tiempo, anónimo, pero aún permanece.

Se dice que nada deja de existir sino sólo hasta que se olvida. Al igual que C-Boy, la calle Nicolás León, mi calle y la de tantos, encarna sin duda la voluntad de sobrevivir, sobrevivir al olvido y la indiferencia de quienes pululan día a día sobre ella, porque bajo nuestras pisadas hay una historia y bajo esa historia hay una huella, la huella de un León.